

**El embaucador**      **(Rosana Wolochwianski)**

-I-

El día en que la conocí supe que ella me iba a traer suerte. Porque esa misma tarde iba mirando para abajo y encontré una tuerca, y unos días atrás había levantado un tornillo. Estaba seguro de que debían encajar, cada tanto eso pasaba y tenía que ser una señal, pero me ponía tan nervioso pensar que no, que seguía la mala, que todavía no había probado. Habían ido a parar a la caja. Todos los alambres, tuercas y tornillos que encontraba en la calle los guardaba en esa caja. No sabía por qué. Para la suerte. Porque por ahí yo también pegaba un poco de la buena. Como el Cholo, mi compañero de la secundaria. Se había enganchado a la viuda de Ramallo. Una mina joven, con varios hijos. Cantidad de campo tenía ella. No sé cómo lo conoció, pero me acuerdo de que lo venía a buscar en la camioneta a la salida del colegio. Todos lo mirábamos alucinados. Estaba buena la viuda. Él no compartió casi nada con nosotros, apenas terminó el colegio se casó. A los pocos años ella se mató en un accidente en la ruta. Y ahí quedó él, viudo, joven. Se dio la gran vida. Las cosas que se dijeron. Hasta que él le había aflojado los frenos del auto. Pero no, yo estoy seguro de que el Cholo tuvo suerte, nomás. No como Beto, el marido de mi prima Gladys. Ese quiso dar el braguetazo. Se casó con mi

prima, muy fea la pobre. Pero el padre lleno de gaita. Y ahí están, casados hace como veinte años. El viejo no suelta un mango y parece que va a vivir mucho todavía. El Beto de cajero en un banco. Y la Gladys pesa como cien kilos.

Aunque capaz que a mí las estrellas se me acomodan ahora que encontré la tuerca. Porque tuve mi oportunidad, en los noventa, cuando trabajaba en la administración de la fábrica. Unos tipos de tesorería planearon un golpe, cien lucas para cada uno, decían, nada más había que cambiar unos números en la computadora. Y me invitaron a participar. Con esa gaita me hubiera podido comprar un departamento, y dejaba de dar vueltas por las pensiones y las casas de los amigos. A veces también dormía en el local del tintorero. Antes que las pensiones, prefería el local del tintorero. Él me debía algunos favores. Cuando caa preso el hijo, yo llamaba a unos abogados amigos, los del partido, y siempre lo sacaban. Pero yo le decía que lo encarrilara al pibe, que se dejara de joder, porque un día iba a quedar adentro. Y eso debe ser duro. Una cosa es caer preso como mi viejo, preso político, en los setenta. Pero por chorear, no.

Por eso yo me cuidaba. Siempre cosas chicas, prolijas. El curro del santiagueño, por ejemplo. Él trabajaba en un depósito de electrodomésticos. Tenía armada una red con los camioneros de distribución. De vez en cuando

dejaban caer un lavarropas, un termotanque, esas cosas. Pasaba como merma. Yo lo revendía rápido, me lo bajaban a pedido. Limpio, yo solo me paraba en la calle, agarraba lo que dejaba el camión y lo subía a un flete. Con eso iba tirando. Y en aquel momento les dije que no a los de la fábrica. Que yo nunca iba a batir nada, pero no iba a ser de la partida. Y se alzaron con la guita nomás, se fueron a Brasil. Nunca saltó la cosa. Pero allá la pifiaron. Terminaron en cana por fraude con tarjetas. Cada tanto me llama uno de ellos, para pedirme que le alcance algo a la familia. Yo quedé amigo, nomás, porque no los botoneé. Cien lucas. ¡Si me hubiera prendido!

Aunque a lo mejor no era el momento, a mí me tocaba ahora. Porque Mary no es una heredera como mi prima, ya heredó. Los viejos murieron y ella se puso a la cabeza de la empresa familiar. Le va muy bien. A veces me dice que está cansada, porque empezó muy joven. Yo le digo que me encanta verla trabajar. A ver si afloja mucho. Igual tengo que tener cuidado, a veces pienso que se puede dar cuenta. Aunque no creo, ella me quiere, yo la hago reír. El otro día, después de pasar la tarde en la cama, se me escapó y le dije: "Encima me regustás". "¿Encima de qué?", me preguntó. Por suerte sonó el teléfono y después ya se había olvidado. Pero me gusta en serio. Porque ella siempre se creyó fea. Se ve que usaba lentes de chica y era un poco gordita. Todas las

amigas se fueron casando, pero ella nada. Yo la veo linda. Siempre tiene la piel suave, y un perfume tan rico. Al principio era tímida, aunque se fue aflojando. La verdad que ahora es una hembra bárbara. La pasamos tan bien juntos. A veces la llevo yo en el auto. Es raro. Antes veía pasar un Audi y pensaba "este es un hijo de puta". Capaz que pateaba el auto. Pero ahora voy yo arriba. Y anda de lindo. Pero claro, si se da cuenta lo buena que está, por ahí me deja por otro y chau. Tengo que manotear algo rápido.

A veces, mientras duerme, le espío la cartera. Siempre tiene efectivo, bastante. Y varias tarjetas, doradas, plateadas. Pero yo únicamente miro, como quien mira una película. No toco nada, no es cuestión de pifiarla y arruinar el gran golpe: la caja fuerte. Al principio solo estaba de a ratos en su casa, pero con el tiempo me fui quedando a dormir. Cuando ella se va a trabajar, yo me quedo solo. Bueno, con la mucama. Le digo que más tarde salgo a buscar laburo. ¿Qué guardará en esa caja? ¿Dólares? ¿Euros? Joyas seguro. Se las cambia todo el tiempo, hasta para ir a trabajar. Un día le mentí que tenía una entrevista de trabajo y me dio una cadenita. "Para la suerte", me dijo. Una cadena de oro, con un dije que era como un solcito. Tenía un brillante en el medio. Yo casi quedé bizco. Me temblaban las manos cuando me iba con eso en el bolsillo. Estuve a punto de pasar por lo del tintorero, para preguntarle al

hijo cuánto le sacábamos. Podría haber dicho que me robaron. Pero no pude. Me senté un rato largo a mirar el solcito, cómo reflejaba la luz el brillante. ¿Se lo habrían regalado cuando era chica? ¿Para algún cumpleaños? No me lo contó. Y pensé lo lindo que le quedaría colgado al cuello a Mary. No pude. Volví y se lo di, le dije que habían suspendido las entrevistas. "Ya se va a dar, tranquilo", me dijo. Y sí, ya se iba a dar. Pero ojalá durara un poco más. Nadie me había tratado tan bien. Ella es tan sincera. Inocente. Generosa.

-II-

Ese sábado Mary se fue a la empresa y le dio un beso despacito, creyendo que estaba dormido. La mucama no estaba los sábados. Él la había espiado, sabía que guardaba la llave de la caja en un alhajero, en la mesita de luz. Lo pensó un rato largo, la tentación era enorme. Sacar la llave. Deslizar la puerta del armario. Correr la ropa y abrir la caja. Y de ahí, por fin, al paraíso. Pero pensó: ¿Habría paraíso sin ella? ¿Sin su cuerpo pegado a él, envueltos los dos en sábanas limpias, planeando la próxima comida juntos, la siguiente escapada de fin de semana? ¿Podía él causarle ese dolor, justamente a ella que ya había sufrido tanto, y que por fin con él se reía? Se quedó sentado un buen tiempo en la cama, con el cajón de la mesita abierto. Lo cerró. No podía. Realmente la quería tanto como a su sueño del dinero fácil. ¿La bolsa o la vida? La vida,

con ella. No iba a tocar nada. Solo quería ver, satisfacer su curiosidad, mirar la gran película. Como con la cartera. Abrió de nuevo el cajón, tomó la llave y la hizo girar en la cerradura, despacito. Adentro, casi nada. Solo algunos regalos de él –flores secas, papelitos con versos– y una nota: "Si llegaste a leer esto, mi amor, ya no volveremos a vernos. Tus regalos y tus cartas eran mi único tesoro." Se le aflojaron las piernas. Y entonces comprendió. Dentro de la caja destellaba implacable, acusadora, final, la luz roja de una cámara.

---

Este cuento ha recibido el Primer Premio del I Concurso de Narrativa Breve "Julio Cortázar" organizado por la Universidad Notarial Argentina y ha sido publicado por UNA y la Fundación del Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires en diciembre de 2015